

**LA FLAGELACION EN NUEVA ESPAÑA**

Muy en boga estuvo en México durante la época colonial la flagelación, las procesiones de sangre, pues en las rogativas que se hacían en casos de epidemia o para conllevar un accidente desgraciado, las procesiones de penitentes recorrían las calles flagelándose individualmente, lanzaban exclamaciones humildes en demanda de la remisión de sus pecados y clamaban el "miserere" por las faltas del linaje humano; la flagelación también se refugió en los claustros, donde monjas y frailes le rindieron tributo, pues el látigo fué una disciplina de uso muy familiarizado entre la gente eclesiástica, cosa nada extraña, si recordamos que San Jerónimo, célebre Padre de la Iglesia, predicó el desprecio a las cosas humanas y aconsejó la práctica del ascetismo, y el ascetismo siempre ha tendido a considerar el cuerpo como un enemigo, juguete de las tentaciones satánicas, a quien hay que castigar implacablemente.

El último día del novenario celebrado en honor de la Cruz de Mañozca, que se erguía en el atrio de la Catedral de México y que hasta hoy se encuentra recortada en el ángulo del Noroeste de dicha lonja, allá por el año de 1648, salió del convento grande de San Francisco una edificante procesión de sangre. Iban primero en dos hileras multitud de personas con túnicas negras y velas encendidas en la mano, todas presididas por el estandarte de la Cofradía de Jesús Nazareno, tras el cual desfilaba un considerable número de penitentes armados de disciplinas, después otras personas con vela en mano presididas por San Roque, abogado contra las enfermedades y pestes, seguían los "nazarenos", vestidos todos de negro y llevando cada uno diversos instrumentos de martirio, unos con pesadas cruces a cuestras, otros iban con los brazos abiertos en cruz, atados a varas de hierro o a gruesos maderos, otros vestidos

con cilicio, algunos con medio cuerpo desnudo y ceñido de espinas, no pocos con coronas de espinas en la cabeza, otros más con cadenas en los pies, andando difícilmente, con esposas en los pulsos y una calavera en la mano, y cerraba el cortejo la imagen de Jesús Nazareno con su cruz a cuestas, en tanto que las campanas de los templos de la ciudad tañían un prolongado toque de rogativa.

En el Real Convento de Santo Domingo fundaron los negros una cofradía que en ciertos días del año sacaba su procesión de penitencia. Iban con la cabeza cubierta con un capuz y desnudas las espaldas, en las que se daban muy recios azotes. Esta procesión fué prohibida por el virrey D. Martín Enríquez, quien la consideró nada edificante.

En la procesión del Santo Entierro que salía de Santo Domingo el Viernes Santo, no faltaban los penitentes que, desnudos de la cintura para arriba, se azotaban hasta sangrarse las carnes, y esta práctica de la flagelación era de rigor en varios conventos de estricta y severa observancia como el de recoletos de monjes descalzos de San Cosme y San Damián, situado a extramuros de la ciudad por la fuente de la Tlaxpana.

Espectáculo éste deprimente y lejano de la doctrina de amor del Nazareno; sentimentalismo cristiano sombrío que tendía al aniquilamiento del cuerpo, de marcado sabor oriental, pues de allí fué infiltrándose la inclinación a la vida ascética, a la tortura individual y a las más ásperas privaciones, echando al olvido que los extravíos del espíritu no se corrigen dañando al cuerpo, sino que hay otros medios disciplinarios que los reprimen.

El fanatismo de estas gentes, su apego a prácticas rutinarias y de remotos orígenes, hacía nacer en ellas un supremo terror de angustia al pecado, tan hondo que las avasallaba. Todo en ellas era triste y sombrío, su aspecto exterior descuidado proclamaba la suciedad corporal en que vi-

vían, cuando en Cristo todo respira alegría, amor, felicidad, nada de tribulaciones, pues para alcanzar la virtud, la vía de perfección, no hay necesidad de ser puerco ni de aniquilar los sentimientos humanos.

Bien conocido fué en la antigüedad el uso de la flagelación como afrodisíaco, y los libertinos que frecuentaban el trato de las hetaras griegas o que concurrían a los lenocinios romanos la usaban como acto preparatorio para los placeres del amor, aunque sin llegar a adquirir ese grado singular de ferocidad cruenta que tuvo entre los disciplinantes de la Edad Media.

En las fiestas religiosas que en señal de duelo celebraban algunos pueblos del Asia Menor, para llorar la muerte de Adonis, las mujeres acostumbraban flagelarse mutuamente con las manos y con varas, enardeciéndose en sus danzas lúbrico-religiosas a medida que los flagelazos arreciaban.

Las aulétridas, cortesanas tribaditas griegas, en sus orgiásticos festines que celebraban en vergeles paradisíacos a los sonidos armoniosos de cítaras, flautas y pífanos, oficiaban con caprino ardor en el rito lúgubre de su aberración sexual, y se buscaban con fruición sus velvéticas y ebúrneas ancas para azotarlas enérgicamente, exaltando hasta el paroxismo sus libidinosos afectos.

En tiempos posteriores vemos aparecer la flagelación en todo su triste apogeo, en las clásicas Lupercales romanas, que subsistieron hasta el siglo V de nuestra Era. La tradición piadosa de la loba capitalina, cuyas ubres dieron el sustento a Rómulo y Remo, oculta la realidad con los caireles rutilantes y sedosos de la leyenda. La loba fué una ramera llamada Acca Larencia, más conocida con el sobrenombre de loba, y ella fué quien amamantó a los fundadores de Roma, los que, más tarde, en honor de su nodriza, establecieron las Lupercales, fiestas de tronío que después

fueron instituídas, por respeto al pudor, en honor del dios pagano Pan. Se celebraban en el mes de diciembre, y los lupercos o sacerdotes, con el cuerpo desnudo, cubierto solamente en sus partes pudendas, con una piel de macho cabrío, recorrían las calles de la ciudad armados de un látigo, con el que fustigaban a las mujeres que encontraban, las que, en vez de esquivar los golpes los buscaban con avidez y los recibían con deleite. Se atribuía a esta flagelación la propiedad de evitar o destruir la esterilidad, lo que probablemente conseguían excitando en las mujeres el deseo genésico.

El misticismo y el ascetismo de los primeros tiempos del cristianismo vieron en el cuerpo a un terrible enemigo por sus impetuosas pasiones, y la mortificación, el ayuno y la flagelación fueron los instrumentos de que se valieron los ascetas para domeñarlo. Y estas severas prácticas, que desde los anacoretas de los desiertos de la Tebaida vemos usadas para acallar las pasiones se generalizan en el siglo XIII, dando origen a la orden de los flagelantes, que tanto se extendió por Europa.

Un dominico de Perusa dió impulso a esta secta, la que proclamaba la penitencia de los azotes como eficaz para perdonar todos los pecados. Fué calificada de herética, y aunque Clemente VI fulminó contra ella una bula y el Concilio de Constanza la condenó, subsistió por mucho tiempo y tuvo adeptos en Italia, Francia, España y Portugal.

Un conocido escritor dice respecto a los flagelantes lo siguiente: "Todos los sectarios, por un refinamiento de libertinaje, se imponían privaciones de todo género y afectaban, en general, un desprendimiento completo de las cosas materiales; pero no era esto sino una máscara de continencia y abnegación, bajo la cual se sentían con más facilidades para entregarse a las pasiones y dar rienda a los sentidos".

Estos disciplinantes, cuando salían en procesión iban de dos en dos, desnudos hasta la cintura, mezclados hombres y mujeres, portaban látigos terminados en nudos de hierro, y en sus cánticos invitaban a pedir perdón flagelándose. Se azotaban mutuamente con encarnizamiento, se ensangrentaban las carnes, se las laceraban, y mientras estos dolores les arrancaban gemidos y los hacían derramar copiosas lágrimas, la azotaina se hacía con más fervor: "No se sospechó —dice Pedro Dufour— que las penitencias voluntarias de estos pecadores que se azotaban en público, pudieran ser una invención de lujuria".

Por las noches acostumbraban ir al campo o a lugares aislados, y ahí, en las tinieblas o alumbrados por los lampos luminosos de antorchas, redoblaban, en la más completa promiscuidad sexual, sus flagelaciones, sus plegarias sollozantes, sus gritos y sus ansias libidinosas.

Respecto a esta flagelación los casuistas confesaban que determinaba una sobreexcitación sensual; pero que era más meritoria para los que, no obstante la sobreexcitación guardaban castidad venciendo el pujante y vivo deseo que sentían de pecar; mas a pesar de esta opinión, las autoridades eclesiásticas condenaron esta secta herética, pues vieron en ella un odioso espectáculo de prostitución.

Posteriormente el disoluto Enrique III patrocinó en Francia la orden de los Penitentes, saliendo en las procesiones acompañado de su corte de favoritos.

Yo no me atrevo a afirmar que todos los componentes de esta orden hubieran sentido deleite sexual con los azotes, pues la obra del Abate Boileau "Histoire de Flagellans", que es la que los describe extensamente, no permite fundar una aseveración como la que señalo. Sí creo que dentro de ellos había sectarios libidinosos, verdaderos masoquistas, que llegaban en sus goces hasta el paroxismo, pues Pico de la Mirándola, en una de sus obras, citada por Pedro Du-

four, describe la flagelación de estos herejes y los goces que experimentaban. Pero lo que sí me atrevo a asegurar es que la flagelación en general, y principalmente como la usaban estos penitentes, es altamente inconveniente desde el punto de vista sexual, dada la fuerte excitación que produce en el centro nervioso genésico.

Tales fueron los remotos orígenes de la flagelación que en conventos y procesiones de sangre presenciaron nuestros antepasados en esta Nueva España hasta bien avanzados los tiempos; y si natural es creer que la flagelación tiene probadas conexiones con la sexualidad, no es posible ni pertinente tildarla de haber tenido por único móvil la satisfacción de una sensación genésica anormal. En muchos casos, y de manera efectiva en las histéricas, la excitación genésica es muy frecuente; pero en otras es probable que sólo buscaran en estas prácticas el dolor físico para la redención de sus pecados y la mortificación de la carne a fin de ponerla a cubierto de las pretendidas tentaciones del demonio.

**Manuel B. Trens.**